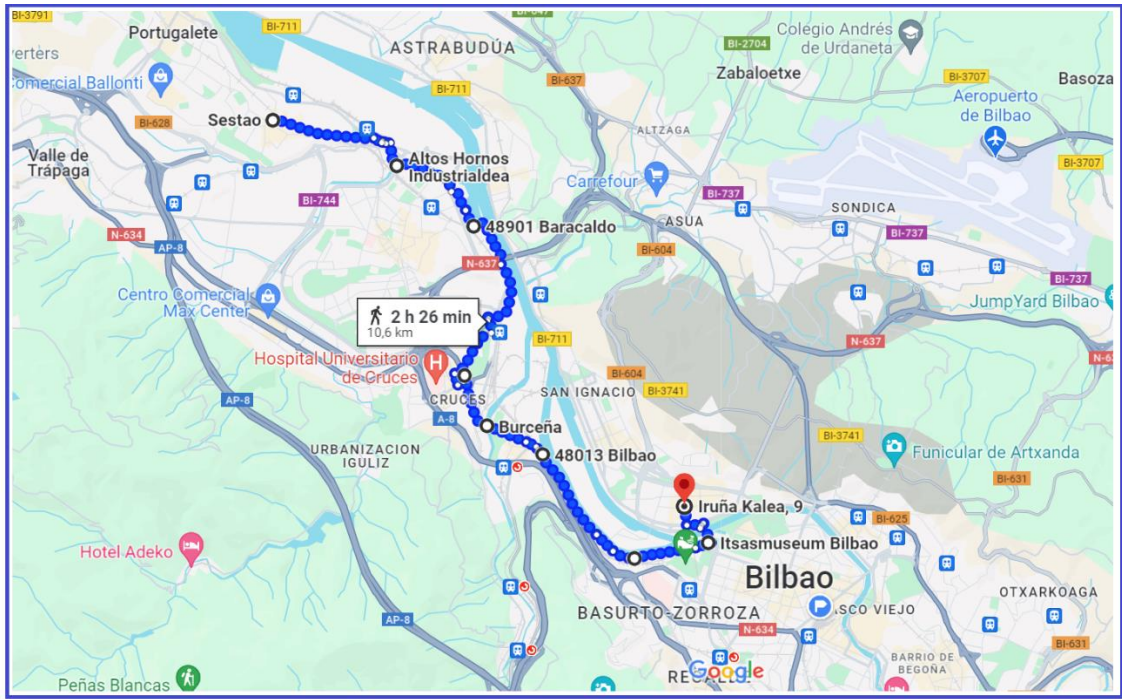


Un paseo de Sestao a Deusto.

Tengo 24 años y hoy he decidido dar una buena caminata.



He cogido el metro en Deusto y he ido hasta Sestao: creo que he contado 8 estaciones. A la salida he subido por la Gran Vía, y en lo alto he podido darme cuenta de que el pueblo está entre la Ría por un lado y la vega del Galindo por el otro.

Luego he empezado a bajar hacia el Galindo buscando la calle Rivas.

Y aquí me ha pasado un hombre ya mayor y grandón.

Tres metros delante de mí se ha vuelto y me ha dicho:

-Alegre esa cara, joven, por favor.

Yo he debido sonreír, porque él ha movido la cabeza en signo de conformidad.

Y tras unos pocos pasos más se ha vuelto de nuevo:

-¿Va usted a Bilbao?

A mi respuesta afirmativa ha decidido esperarme y caminar junto a mí.

Y ha llegado el primer problemilla de la reciente pareja: yo quería progresar en la misma dirección atravesando una rotonda algo sinuosa, pero él me ha dicho que teníamos un camino bajo la calle que nos llevaría a un puentecito que nos iba a dejar ya en el bidegorri de Baracaldo.

Bueno, pues he aceptado y la verdad es que era una buena solución.



Ya cruzado el río y tras un par de minutos de silencio me ha dicho:

-¿Qué piensa usted de lo de Gaza?

-Pues me parece un tema complejo – he respondido, pensando que en realidad era él el que quería responderse a sí mismo. Pero no.

-La primera vez que vine a España -me dijo- fue en 1952; yo tenía 15 años y era huérfano, de modo que me acogieron en una familia de un pueblito cántabro a pasar el verano.

-Luego -continuó- he vuelto ininidad de veces, y ahora paso seis meses en mi casa en Hamburgo y otros 6 en Donosti.

Yo pensé que en efecto tenía un levísimo acento que podía perfectamente deberse a ser germano. Y me lo imaginé joven, rubio y musculoso: un Old Satterhand, o un Lex Barker si se quiere.

-Yo creo -dijo- que la elección del partido nacional socialista por parte de mis paisanos en los años 30 tiene una interpretación freudiana.

Yo callaba pero me pregunté donde terminarían los quiebros narrativos de aquel hombre.

-Quiere decirse -siguió- que optaron por el camino corto y directísimo hacia el descarrilamiento del nacionalismo alemán.

-Pero ustedes son ahora una nación unida y poderosa – me atreví a decir.

-Somos el corazón poderoso de la Unión europea, pero no una nación unida; y para nada somos lo que los idealistas del nacionalismo alemán soñaban. La experiencia frustrante del nazismo y la derrota en la guerra destruyeron definitivamente aquel ideal. Y pienso que los alemanes de los años 30, de un modo oscuro e inconsciente, por los túneles de un misterioso cerebro colectivo, buscaban el desastre.

Yo comprendía los elementos de su razonamiento pero el todo se me escurría; la verdad es que no entendía donde quería llegar.

De modo que opté por escuchar.

El hablaba despacio y con silencios.

Pasamos frente a Erandio y pensé en el bote que ya no cruzaba pasajeros entre ambos lados de la Ría.

-En mi opinión -siguió- algo similar está ocurriendo en el Estado de Israel ahora mismo: el electorado ha elegido unos gobernantes que, de un modo u otro, van a conducir a una situación en la que el idealismo sionista sea tan solo un recuerdo histórico. Y lo hacen también por mecanismos inconscientes que sólo el señor Freud o sus métodos podrían poner de manifiesto.

-Pero -salté yo sin poderme contener- los centenares de muertos judíos de Octubre del 2023, y los miles de palestinos que han perdido la vida desde entonces no son un asunto hipotético más o menos analizable con este o aquel método científico; son una triste realidad.

No me contestó al momento; y cuando lo hizo mantenía una calma casi absoluta:

-Desde luego los dos hechos que usted menciona son inseparables.

-Pero -siguió- esa relación causa-efecto es cuestionable en el sentido justiciero.

-No le entiendo a usted en absoluto.

-Pues quiero decir que los milicianos gazatíes que causaron las muertes de Octubre están sobreviviendo a la guerra, al menos si se compara con las muertes de indefensos niños y ancianos palestinos.

-¡Ah! Pues sí, en eso tiene usted razón.

Seguimos caminando en silencio.

Pasamos bajo el puente de Rontegui. Al otro lado estaba la peña que cae sobre la estación de metro de Luchana Erandio.

Un paso elevado nos permitió cruzar la vía del cercanías justo sobre la estación de Luchana Baracaldo.

Subimos hasta el Parque Munoa y bajamos hasta el puente sobre el Cadagua.

Ya en Zorroza volvimos a discutir sobre el camino: él quería salvar el ferrocarril por un paso subterráneo; yo quería subir por la avenida de Montevideo hasta la pasarela que baja hasta el antiguo camino de sirga junto a la ría.

Gané yo. Y cuando yo estaba mirando el estribo ya construido del futuro puente entre la Isla y Zorroza escuché de nuevo su voz serena:

-Sobre la falacia de las guerras justicieras tenemos los alemanes un buen ejemplo con el que fustigarnos.

-Le escucho.

-Me refiero a la Paz de Versalles del año 20, quiero decir 1920.

-En mi opinión -continuó- hay una relación causa-efecto entre esa paz cruel y la segunda guerra mundial.

-La férrea mano que aprieta la garganta de la economía germana trae como consecuencia la muerte de incontables e indefensos niños y ancianos alemanes.

-Y en la guerra que se desata el 39 Alemania se cobra el dolor sufrido: entre los que pagan con su vida figuran millones de judíos.

-Pues bien, entre esos millones de judíos posiblemente no había ninguno de los responsables de la vengativa paz cartaginesa de 1919.

-Creo entenderle, señor, pero me gustaría que se explicase usted un poco más.

-Quiero decir que el Tratado de Versalles es obra de unas decenas de personas, algunas de ellas notorios personajes históricos; otras serían personajes poderosos en la sombra. Y posiblemente habría algún judío entre ellos, pongamos una docena de judíos.

-Pues bien, apuesto a que ninguno de esos 12 judíos murió en los campos de concentración de la guerra del 39 al 45.

-¡Ah! Casi diría que estoy de acuerdo con usted.

La cuestita que asciende hasta el puente de Euskalduna la subimos callados: son apenas 10 metros de desnivel pero es mejor ahorrar el resuello.

Arriba nos despedimos: él se fue hacia su cercano hotel; yo crucé el puente hacia la Sagrada Familia.